

El té se sirve en la veranda, *bwana*

Bartolomé Leal

Charles B., experto internacional, estaba advertido de los riesgos que conllevaba su viaje a Nairobi, Kenya. Le habían contado que la joya del África Oriental, en lugar de progresar, se había convertido en un país violento y desordenado; y una de las causas era, por ironía de la historia, la democracia. Tal cual. Después de décadas con régimen de partido único, la reciente apertura política o permisividad partidaria, dependiendo de si se estaba a favor o no del proceso, seguía llevando al país a olvidados ya que no inéditos estallidos de descontento social. Sobre todo, al rebrote de contradicciones tribales de ancestral data.

Ahora, el experto mismo era otra ironía, aunque no de la historia sino del presente. Había arribado a Kenya justamente a apoyar a uno de los nuevos partidos democráticos surgidos de la apertura. Una política obligada, a contrapelo, autorizada por la virtual dictadura para mejorar su imagen internacional. Una farsa la tal apertura, opinaban algunos, pero era necesario aprovecharla y definir con signo renovado la presencia del poderoso país del experto internacional en la Kenya que estaba surgiendo.

Por tales razones, Charles B. no se sentía a gusto en la misión. Pero no era sólo debido a eso. El experto pasaba además por un mal momento personal. Siendo un hombre fuerte en el partido donde militaba, se sentía nervioso y cansado. En su pecho crecía la decepción, y soportaba peor que otros la creciente pérdida de credibilidad y apoyo popular de su organización política. Fue una decisión superior, autoritaria, la de mandarlo a Nairobi a modo de vacación, para que se relajara.

–Me hará bien un cambio de aires –acató sin protestas el experto en democracia.

Su primera jornada de trabajo en Nairobi culminó, sin embargo, con una sensación de chasco. Le habían organizado un encuentro con líderes partidarios locales que arribaron sólo parcialmente, y con considerable retraso. Le explicaron que era día lunes y que no le convenía ser exigente. "Los domingos se descansa", le dijeron, "se come y se bebe, se hace deporte, se depara con la familia, se viaja fuera de la ciudad. Los lunes no se labora precisamente a fondo".

–La democracia debe adaptarse a los ritmos nacionales –pontificó un joven dirigente.

Cuando por fin hubo *quorum* para atender al experto extranjero, los próceres no fueron de lo más estimulantes. Burgueses obesos e ignorantes, más preocupados de sus negocios que de otra cosa, preguntaron por el monto de la ayuda que el experto ofrecía y sobre cuándo iba a llegar, porque tenían demasiados gastos por delante. Charles B. trató de meterlos en una discusión ideológica, para buscar puntos de contacto entre el gran partido europeo que él representaba y el emergente conglomerado kenyano. Pero nadie lo pudo seguir en esa línea. Sólo durante el almuerzo de mediodía sus anfitriones se animaron un poco, cervezas mediante; pero lo que se progresó fue mínimo.

La jornada acabó para el experto con una jaqueca, la sensación haber perdido su tiempo... y ganas de volver a casa. El entusiasmo que había experimentado a su llegada, gracias a un fin de semana solitario en la ciudad de Nairobi comprando chucherías y visitando templos, era pasado remoto.

Al finalizar ese primer lunes de trabajo lo depositaron en el alojamiento que le habían dispuesto sin consultarle, un lugar más bien decadente llamado el *United Kenya Club*, mezcla poco definida de hotel, residencia colectiva y club social. No estaba descontento con su habitación, aunque no era un modelo de limpieza. El experto había arribado a Nairobi dispuesto a lo peor, y lo que había logrado conocer le tenía moderadamente conforme. Nadie lo había invitado siquiera a una beber un copa, pero ya tenía perdida la ilusión en sus contrapartes. Su única esperanza radicaba en la salida a provincias, donde el contacto con las fuerzas vivas de la comunidad podría sugerirle modos de acción más gratificantes.

En la recepción pidió la llave de su pieza y le entregaron un par de mensajes. Nada importante, según comprobó. El encargado le dijo con su mejor sonrisa:

–El té se sirve en la veranda, *bwana*. Está incluido en su tarifa diaria. Pase, por favor.

Como antiguo y devoto bebedor de té que era, el experto se sintió entusiasmado con la invitación. Se dirigió pues a la veranda, que tenía una hermosa perspectiva de los jardines del club, pródigo en flamígeros frondosos, hibiscos y pájaros multicolores, y

procedió a instalarse en una de las mesas dispuestas para el té de las cinco de la tarde. Había tazas y servicio, amén de bandejas con *sandwiches*. Se le acercó un mozo vestido de negro con corbata de pajarita, elegante desde lejos, pero una pura masa de manchas en primer plano. Le puso delante una teterita metálica y una jarrita de leche caliente, y partió para atender otras mesas.

Al experto le gustaba el té puro, sin azúcar ni leche, ni débil ni fuerte. Buscaba en los aromas vivencias exóticas, y en la temperatura el efecto reconfortante contra el frío, o el antídoto para la sed cuando hacía calor. El experto era consciente de su cuerpo y conocía las distintas reacciones que el té provocaba en él, dependiendo de su estado de ánimo. Sabía que el té podía ser un calmante bienhechor para despejar las tensiones de la rutina diaria, pero sabía también que solía convertirse en un excitante peligroso, potenciando los períodos de gran *stress*. Pero nunca lograba prever exactamente los efectos. Era una de sus diversiones inocentes, la incierta aventura de la hora del té.

Se preparó para aprovechar ese momento. Kenya era un productor de té de alguna importancia a nivel mundial, y mucha para el África Oriental; y era además una ex-colonia británica. Se sintió viviendo una experiencia única. "Beber el té en Nairobi", pensó Charles B. "Esto puede arreglar mi día".

Tomó la teterita caliente y vertió el líquido en su taza. Vio descender un líquido espeso y negruzco mezclado con astillas y restos de hojas de té. Lo que contempló no le satisfizo. Lo que bebió casi lo tiró al suelo. Era el té más negro que había probado en su vida. Una versión mutante de su infusión favorita que le dejó la boca amarga y el paladar insensible. "África, por supuesto", pensó.

El experto internacional se repuso del *shock* y decidió que el desastre podía tener remedio. Llamó al mozo para solicitarle:

–Por favor, *bwana*, tráigame limón y agua caliente.

El hombre lo quedó mirando con ojos espantados y balbuceó:

–¿Limón? ¿Para qué?

–Para echarle al té. Vaya, por favor –respondió Charles B., en tono amable pero firme.

Partió el mozo primero hacia el bar, de donde salió hacia la cocina mascullando en *swahili*. El barman se asomó para ver al espécimen que solicitaba limón. Pasaron cerca de quince minutos durante los cuales el experto se dedicó a examinar los *sandwiches*. Eran unos poco atractivos rectángulos de pan de molde que escondían adentro, fuera un círculo de pepino, fuera un cuadrado de jamón, fuera rombo de queso. No osó comerlos, pero su presencia lo puso de pésimo talante.

Volvió a aparecer el mozo, con el maestro de cocina y un limón en un platillo. Entero el limón. Enorme. Charles B. no pudo sino reírse e hizo ademán de meter el limón en la taza. No cabía, por supuesto. El garzón y el cocinero se miraron, y el último partió dándole la espalda. Se dio cuenta que el barman y otro empleado también lo observaban, con una curiosidad totalmente exenta de humor. "Claro, para ellos todos los blancos están locos", pensó el experto.

Charles B. volvió a llamar al garzón y le preguntó:

–¿Y el agua caliente?

El hombre no pareció entenderle. El experto sacó un diccionario de *swahili* de su bolsillo, y tras un rato de búsqueda le dijo:

–*Maji moto*.

Sin la menor réplica, el garzón partió en busca del agua. El experto se preparó para otros quince minutos de espera. Esta vez Charles B. optó por observar a los demás comensales de la veranda, y recién se percató de que todos lo miraban a él. Le dio vergüenza la situación en que se había puesto. Se sorprendió también de ver que todos bebían contentos de sus respectivas tazas, aparentemente sin mayores conflictos. Un blanco gordo devoraba los repelentes *sandwiches* con manifiesto placer; su flaca esposa bebió un sorbo de su té, mirando fijo al experto por encima de sus lentes. Una pareja formada por una blanca de ojos lánguidos, tal vez experta internacional, y su acompañante, un negro que la desnudaba con los ojos, sorbían sus tazas también sin complicaciones.

Charles B. miró el líquido viscoso, ya frío, que ocupaba su taza. Miró el ridículo limón, y lamentó no tener a mano su cortaplumas para cortar un par de torrijas. No osaría pedir un cuchillo. Podía provocarle un síncope a algún garzón. Prefirió esperar a que llegara

el agua caliente y así diluir un poco el té de su taza. "Fuerte el té keniano", formaron sus labios. Se le salió una semicarcajada histérica.

Pasó un rato tan largo, que el experto buscó con la mirada al mozo que lo atendía y lo encontró parado en un rincón. Junto con los demás garzones lo contemplaba imperturbable. El experto sintió que un golpe de calor le subía a la cabeza, levantó los brazos y le gritó al hombre:

–*Maji moto.*

El empleado del hotel puso los ojos en blanco, manifiestamente aterrorizado, y partió a la cocina simulando un trote. El experto escuchó una carcajada proveniente de una mesa cercana. Era un árabe menudo y barbado que había dejado su Corán por unos segundos para reírse del europeo en apuros. Se dio cuenta que ése no era el único que se divertía a su costa. Los demás también. Desde una mesa más lejana, ocupada por un trío de kenianos con aire de discutir de negocios, le llegó otra oleada de mofa.

"Espero que el agua sea de primer hervor", pensó el experto. Luego se percató de lo absurda de su esperanza. "La calidad del agua de una localidad se prueba con el té que se puede hacer con ella", siguió pensando. Volvió a percatarse de que su mente divagaba en zonas descontroladas. Llevaba allí una hora y se notaban síntomas de que la noche ya se venía. Vio que la gente empezaba a pararse de las mesitas. La hora del té había terminado. La pareja sal y pimienta se retiró sin mirar a nadie, presumiblemente en dirección a las habitaciones. Captó también que los comensales cercanos a él permanecían en su lugar. Ansiaban ver el desenlace de su ridículo drama.

El mozo que lo atendía se le apareció por la espalda. No traía agua caliente sino una bandeja con la cual empezó a retirar la taza, la teterita y el resto de los implementos de la mesa del experto. Éste lo miró incrédulo. No le salió palabra. El garzón le dijo sin mirarlo:

–Diez chelines, *bwana*.

–¿Por qué? –aulló Charles B., furioso.

–Por el limón, *bwana* –y le alargó una boleta.

El experto en democracia miró a su alrededor. Todos lo atisbaban expectantes, con la risa a flor de labios. Se sintió enfermo, el pulso se le aceleró y una oleada de transpiración le mojó la frente. "Necesito una taza de té", pensó, y de inmediato se dio

cuenta que desvariaba. "Mi mente no funciona", volvió a pensar. "Tengo que ponerle fin a esto".

Echó mano a su maletín el experto, en busca de la billetera. En lugar de eso, su mano encontró el tacto frío y tranquilizador de su pequeña Beretta. Su amuleto. Su defensa contra la violencia. La sacó al aire ligeramente fresco del atardecer que avanzaba sobre la veranda del *United Kenya Club*. Charles B. miró su pistola con ternura.

El experto le quitó el seguro y sin ponerse de pie disparó contra la teterita que yacía en la bandeja sostenida por los brazos del garzón. La bala hizo trizas el recipiente, atravesó el pecho del empleado y fue a incrustarse en un árbol del jardín. El hombre cayó de espaldas, sin soltar la bandeja, mientras de su pecho escapaba un surtidor de sangre.

Charles B. se volvió hacia los comensales. Esta vez se paró con gesto seguro, la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, las piernas abiertas. Vio las caras de horror y los movimientos en cámara lenta que los vecinos de reacciones rápidas hacían para cubrirse. No fue el caso del gordo, que aún mantenía en sus labios la taza de té y lo miraba como hipnotizado. El segundo balazo destrozó a la vez la taza con el odiado brebaje y la cara del gordo, que se alcanzó a levantar, trastabilló en reversa y cayó de la veranda al jardín con un grito ahogado por la sangre que manaba de su garganta perforada. El tercer balazo, casi simultáneo, fue para la mujer del gordo, justo al medio de su pecho magro, al bulto seguro, el tiro sin falla que había ensayado alguna vez. La macilenta europea hundió su cara contra la vacía taza de té, yaciente sobre su mesa, y quedó allí inmóvil, salvo su brazo que se balanceó por unos segundos.

Charles B. hizo una pausa. Miró su pistola humeante. Miró a sus víctimas una a una. Se sintió satisfecho de su performance. Dentro de su campo de visión logró distinguir al árabe lector del Corán metiéndose debajo de la mesa, y al trío de kenyanos arrastrándose en dirección a la salida de la veranda, hacia la seguridad del jardín. "Ríanse ahora, hijos de puta", pensó el experto internacional. Apuntó cuidadosamente al libro sagrado, que se deshizo entre las manos del árabe a la par que sus dedos. El hombrecillo lanzó un alarido de furia y dolor.

Enseguida, sin mirar directamente al trío, buscando sólo el sonido, Charles B. disparó al azar. El ruido sordo de la bala penetrando en una masa fofa y el gemido consecuente, le probaron que había acertado. Eso lo tranquilizó.

"No soy un asesino", reflexionó el experto internacional. "Tampoco soy un mesías. Vamos a dejar las cosas como están".

Charles B. guardó su arma aún caliente en el maletín. Nadie se acercó a él. El club parecía vacío, como si nadie hubiera escuchado los balazos. Un estertor a su espalda le demostró que el garzón estaba todavía vivo. El experto se alegró por eso, y mientras se alejaba de la veranda en dirección a su cuarto, le gritó:

–Me vuelvo a casa. Mientras no aprendan a preparar un té decente... no se merecen la democracia.